



La Santa Sede

***CARTA DE SU SANTIDAD JUAN XXIII
AL CARDENAL THOMAS TIEN-CHEN-SIN
CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN DE TRES NUEVAS DIÓCESIS
EN FORMOSA****

Querido hijo nuestro:

Cada vez que se nos ofrece la ocasión de dirigir nuestra palabra a las antiguas y nuevas comunidades cristianas de los países de misión, ya en su totalidad, ya en particular, es para Nos una gran alegría y una viva satisfacción del alma, paternalmente sensible e irresistiblemente inclinada a ponerse en contacto directo con todos aquellos venerables hermanos nuestros en el episcopado, con su clero y las muchedumbres de sus respectivos fieles que en los diferentes continentes manifiestan elocuentemente la perenne juventud y vitalidad de la Iglesia.

La reciente creación de tres nuevas diócesis —Hsinchu, Tainan y Kaohsiung—, separadas de la organización eclesiástica ya existente, y el consiguiente nombramiento de tres obispos residenciales chinos, a los que Nos mismo en la basílica patriarcal de San Pedro tuvimos el consuelo de conferir la plenitud del sacerdocio y confiar el mandato apostólico de anunciar el Evangelio a todas las criaturas el día de la gran solemnidad de Pentecostés, nos depara ahora la oportunidad de dirigiros a vosotros, venerables hermanos, a vuestro clero autóctono o extranjero, a vuestros fieles, este mensaje nuestro alegre y cordial. Y lo hacemos precisamente para dar mayor resonancia a las medidas adoptadas por esta sede apostólica, maternalmente solícita por hacer más adecuada y eficiente la estructura orgánica de la sagrada jerarquía, a la que se nos exige la responsabilidad y la obra de preservar y difundir la fe en esos risueños países.

Nos pareció que no pudimos escoger una festividad litúrgica más adecuada y favorable para invocar la plenitud de los carismas del Espíritu Santo sobre tres dignos y distinguidos compatriotas vuestros, que, junto con un selecto grupo de prelados misioneros, procedentes de diversos y lejanos países del mundo, forman una nueva corona de pastores de almas, y dan a entender mejor a todos la unidad y la catolicidad de la Iglesia y el inestimable don de la llamada al

único redil de Cristo (*Jn 10,16*), pastor y guía de nuestras almas (*1P 2,25*); la catolicidad de la Iglesia, repetimos, porque, teniendo ella el poder y la capacidad de unir y de salvar a todos los hombres, tiene también el de conducir de nuevo a una única Cabeza, Cristo, todas las cosas (*Ef 1,10*), y, por tanto, también los valores humanos de los pueblos y civilizaciones, y de penetrar con un soplo sobrenatural el progreso técnico de este siglo nuestro orgulloso y audaz, y de extenderse a todo el género humano para estrecharle en la unidad del Cuerpo Místico de Cristo.

Cuando Nuestro Señor envió a sus apóstoles a todo el mundo (*Mc 16,15*) manifestó claramente la vocación originaria de la Iglesia, su vigor interno y, al mismo tiempo, proclamó su naturaleza exquisitamente misionera. Precisamente los obispos que el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios (*Hech 20,28*) son los vehículos de un flujo inagotable de gracia que —a manera de un fecundo y vivificante torrente— inunda a todo el mundo. De aquí se sigue que la fisonomía verdadera del obispo, el rasgo saliente de su figura, ¡que sobresale entre las notas características de su oficio, es la paternidad. Y entonces podemos comprender el denso significado y la fuerza del apóstrofe de San Pablo a los corintios: "Aunque tuvieseis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, pues yo, por medio del Evangelio, os engendré en Cristo Jesús" (*1Cor 4,15*).

Y vosotros, venerables hermanos, no dejaréis de recordar con vuestras enseñanzas estas grandes y saludables verdades a la grey confiada a vuestros cuidados: no se da a Dios el culto debido y agradable y no es posible unirse a Él si no es por medio de Jesucristo; no es posible unirse a Cristo sino en la Iglesia y por la Iglesia, que es su Cuerpo Místico; finalmente, no es posible pertenecer a la Iglesia si no por medio de los obispos, sucesores de los apóstoles unidos al Supremo Pastor, el Sucesor de Pedro.

Nuestra mirada se detiene con complacencia contemplando el campo evangélico, abundante de mies, de esa isla en la que la mano de Dios ha derramado tanta belleza y encanto naturales. En diez años apenas vuestras diócesis han presenciado una consoladora multiplicación de conversiones, un prometedor incremento de vocaciones, un desarrollo de obras escolares, culturales, hospitalarias, caritativas. Este florecimiento de vida católica —debido a la fecundidad de la gracia del Señor y a la cooperación concorde de pastores chinos y misioneros, del clero secular y religioso, de hermanas, catequistas, así como a la espontánea correspondencia de esas poblaciones— no debe hacernos olvidar a tantos hermanos en la fe que en las otras diócesis continentales de vuestra gran nación viven en angustias dolorosas, y el testimonio ejemplar de tácita pero heroica fidelidad a Cristo y a la Iglesia que ofrecen al mundo.

Dirigiendo el pensamiento a aquellos queridísimos hijos, el motivo de nuestro dolor es doble: nos entristecen los sufrimientos que tienen que soportar y nos entristece ver que prometedoras iniciativas y realizaciones de vida cristiana que, hace quince años cuando nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, instituyó en la China la sagrada jerarquía, parecían abrirse a una exuberante expansión y desarrollo están arruinadas, extinguidas y agotadas.

Pero es más grave y honda la pena que, en el destino incierto de estas comunidades católicas, procede del rumor de noticias que quisiéramos fuesen falsas: algunos débiles y desgraciados hijos nuestros habrían osado sostener con afirmaciones —que una propaganda hostil a la Iglesia les atribuye y propaga con complacencia— que quieren pertenecer a la Iglesia sin estar unidos a su cabeza visible, el Romano Pontífice; que osarían protestar por querer conservar intacto el patrimonio de la fe católica, mientras rechazarían su fundamento, la piedra angular puesta por Cristo Jesús, Nuestro Señor.

Nos, con el sentimiento de paternidad universal que alimentamos en el corazón, queremos confiar y esperar que la realidad efectiva no sea tan triste e inquietante, y suplicamos todos los días al Divino Redentor que ilumine las mentes y dé a sentir la suave llamada de la gracia a las conciencias ofuscadas y vacilantes, y por esto nos abstenemos de pronunciar palabras graves, sino que seguimos orando e invitamos a orar.

Y ahora queremos decir también que, mientras estamos angustiados por tales ansiedades y preocupaciones, la consagración episcopal conferida ha poco a los tres prelados chinos nos ha procurado un consuelo especial, porque en ella queremos hallar un triple significado de testimonio, de señal visible y de auspicio.

El testimonio está en la renovación de la constante y nunca desmentida solicitud de la Santa Sede por el verdadero bien del pueblo chino, del cual otros tres hijos han sido elevados a la alta dignidad del episcopado y, al mismo tiempo, en la propensión confirmada de nuevo del pueblo a aceptar la fe cristiana, no extranjera, como alguno dice falsamente, sino, al contrario, idónea para satisfacer las más elevadas y nobles exigencias y aspiraciones de vuestro espíritu.

Así también hemos querido Nos mismo conferir la plenitud del sacerdocio a aquellos pastores vuestros para que semejante gesto sea una señal visible del estrecho vínculo que une a los obispos de todo el mundo con el sucesor de Pedro, no sólo con la adhesión a la verdad, cuyo custodio es él, sino con la sumisión al poder de jurisdicción, suprema e inmediata, que Cristo Jesús, Nuestro Señor, le confirió.

Finalmente, estas consagraciones tienen en sí mismas un presagio del reflorecimiento de la Iglesia en :China, que se cumplirá —estamos seguros de ello— cuando por benignidad del Divino Redentor el Evangelio pueda ser anunciado de nuevo en las inmensas regiones de vuestra patria por pacíficos obreros de Cristo, cuyo ardiente celo apostólico se mantiene ahora vivo y activo bajo vuestra dirección entre los chinos de vuestras diócesis o entre las diseminadas por diferentes partes del mundo.

Con esta visión amplia y previsor, con este ímpetu de caridad que abraza a todo vuestro pueblo, vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, seguiréis trabajando con celo y diligencia cada vez mayores —ayudados eficazmente por los misioneros extranjeros, tan beneméritos de la santa

causa del Evangelio— para que la palabra de Cristo se difunda todavía y transforme, a manera de poderosa levadura, toda la masa de los hijos de Dios que pueblan esa risueña isla.

Y mientras elevamos fervientes súplicas y formulamos ardientes votos para que mantengan constantemente su mirada benéfica y munificente dirigida hacia vosotros, a vuestro clero y vuestros fieles, y bajo la protección de la Virgen Santísima, Reina y Patrona de la China, haga que florezcan cada vez más, crezcan y fructifiquen esta porción elegida de su mística viña. De todo corazón impartimos a vosotros, venerables hermanos, y a la grey confiada a cada uno, nuestra paternal Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio de 1961, en la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, tercer año de nuestro pontificado.

IOANNES PP. XXIII

* AAS 53 (1961) 465-469; *Discorsi, messaggi, colloqui*, vol. III, págs. 797-802.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana